



ANSION DE BARCELONA — VISTA PANORAMICA DE LA CIUDAD

gesto del que traga saliva y después con una repercusión emocionante en el silencio, como si se hubiera soltado la cuerda del timbre en premonición de soltar su nota, el sereno supremo de España se desembozó y cartó la hora.

—¡Las doce en punto y se-re-no! Realmente aquello fué maravilloso y se quedó repercutiendo en las cortinillas de la noche y en sus lagos de tumbre.

Todos, como admiradores de teatro que buscan al autor después del estreno, estrechamos silenciosamente la mano del sereno y le dejamos la enhorabuena en la palma como cuando el padrino nos dejó así la onza de oro del premio.

Museo rodante—

Lo más pesado de los museos es recorrer todas sus salas un solo día.

En vano nos recomendamos varios poco a poco. No nos hacemos caso. Podremos volver varias veces, pero siempre los veremos por entero y si nos queda la sala del sótano, que tiene algo de bodega del museo, nos llevaremos el arrepentimiento de no haberla podido visitar.

Las agujetas de museo nos son familiares y no se parecen a ninguna otra, pues toma parte en ellas el espíritu contagiado.

La visión de tantos cuadros agobia la retina por como ha habido que andar al mismo tiempo.

Cada cuadro es como una cueva que se sube o una casa con muchas escaleras que se visita. Los pasos que se dan en el museo son pasos que se complican y se vuelven arduos.

Por eso yo dotaría a los museos del mecanismo que están necesitando o sea de los divanes móviles, anchos y

ovalados divanes en que los espectadores sentados y meditativos pasasen de una sala a otra, desde la I a la XXXII y última en la misma postura reflexiva, honda, sin la distracción de la baja máquina.

¿Que también se necesita el éxtasis largo ante algún cuadro excepcional y mi invento no permitiría ese pasmo de horas y horas a que se dedican los enamorados de un cuadro?

Pues para esos sedentarios de los museos habría en cada sala la isla fija o sea un diván que no se movería.

Es necesario que se llegue a la

construcción de ese transiberiano de los museos, moviéndose una faja del suelo de sus galerías en incesante viaje alrededor de todo el museo.

Así, además, cuando por ser la hora de cerrar entregamos la chapa por nuestro bastón de peregrinos, no nos quedará la pena de haber dejado una sala por visitar.

Fuente de la Serna

Madrid, Octubre 1924.

Una entrevista con la Muerte

Entrevistarse con un ser viviente, por alta que sea la posición que ocupe, es cosa relativamente fácil. Entrevistarse con los muertos y sobre todo con la Muerte, es para el juicio general un imposible, a pesar y todo de Allan Kardeck.

Nos tentó la idea de un reportaje y, sentándonos lápiz en mano sobre el umbral de una bóveda, oprimimos el botoncillo que pone en acción sobre la mente del hombre la corriente eléctrica de lo irreal. Presentósenos una vaporosa figura de mujer, nada siniestra. Una hermosa cabellera negra caía suelta sobre sus hombros descubiertos, que tocaban la blancura de la nieve y la tersura del mármol. Amplia y tenue túnica dibujaba las líneas de su cuerpo, que no tocaba el suelo; y un ramo de frescas flores veíase en su mano derecha, estirada hacia nosotros.

—¿Esas flores?... — nos aventuramos a preguntar.

—Son para ustedes, los periodistas, que no nos temen a los que hemos fallecido en la vida.

—Gracias...

—Que no nos temen y que no nos huyen. Mas que, al propio tiempo, cuando se nos acercan es para buscar con nosotros un momento de contacto espiritual, no para tomarnos como pretexto de sus placeres, en un pretendido homenaje a nosotros, que es simplemente un homenaje a la vida por nosotros perdida.

Quisimos poner fin a la entrevista, que nos estaba dando frío; pero la vaporosa figura estaba locuaz y nos lo impidió.

—He sido llamada — continuó — y

—Sí, soy la Muerte. Pero no esa arpía, sin entrañas de los escritores, dibujantes y escultores de tu mundo, sino la verdadera muerte, que debiera